



Emiliano Galende

Antes de abordar una reflexión sobre las llamadas “nuevas sexualidades” e identidades de género, es necesario tener en cuenta el hecho de la diferencia y singularidad del cuerpo biológico y la subjetividad para entender la idea de normalidad.

El cuerpo biológico está conformado por diversos órganos (anatómicos) y funcionamientos (fisiología), con sistemas metabólicos que regulan los mecanismos biológicos según sus normas propias. Las normas biológicas que regulan su funcionamiento y actividad son interiores al cuerpo biológico y, como sabemos, son universales. En lo biológico rige un principio de identidad para todos los cuerpos de la especie humana. Esto es, los cuerpos de la totalidad de los humanos responden a una misma estructura y funcionamiento. Esta universalidad es la que nos permite hablar de salud “normal”, adecuación a las normas biológicas, o patológico, anormal, cuando se aparta de las normas biológicas. No es así respecto a la subjetividad. Los modos de pensar, construir significados, valorar, interpretar los fenómenos, la sensibilidad y el acompañamiento emocional y afectivo de los comportamientos, es siempre singular, propio de cada sujeto, situado en una historia (territorio de origen y de vida, familiar, social, cultural, etc.) y en un contexto social y cultural de la época, de los cuales dependen las normas que regulan los comportamientos prácticos. A diferencia del cuerpo

biológico, no existe una norma universal para los procesos subjetivos. Esto implica que, desde el punto de vista de la subjetividad, rige un principio de diferencia, cada sujeto tiene una historia y singularidad propia. No se puede afirmar la idea de una subjetividad “normal” o “anormal”; solo podemos hablar de una mayor o menor adaptación a las normas sociales, culturales o morales, de la sociedad y la cultura que habita el sujeto.

La “disidencia” que caracteriza las posiciones sexuales es justamente esta rebeldía frente a las imposiciones sobre el deseo sexual que impone la sociedad y la cultura.

La sexualidad humana integra tres fuentes que cada sujeto articula según su propio deseo: biológicas, sociales, culturales y psicológicas. A diferencia de otras especies, la sexualidad humana no es enteramente natural, no se puede reducir a la identidad biológica, no se determina por la reproducción de la especie, y, aun cuando está presente, no es gobernada por el instinto. La sexualidad forma parte de la subjetividad, surge junto a los procesos de subjetivación, a la vez que toda experiencia sexual es subjetivante. Nacer varón o mujer es una diferencia biológica, una diferencia genetal, pero masculinidad o feminidad es una construcción subjetiva. Nacemos con un cuerpo genetalmente diferente pero el sexo subjetivo (masculino o femenino) se va definir en el encuentro con la diferencia sexual. Es a partir

de esto que hablamos de “género percibido”. Al igual que aprendemos la lengua porque nos la transmiten los adultos que la hablan, también los padres y madres, en sintonía con los valores de la sociedad, transmiten y construyen la masculinidad o la femineidad. Si el niño nació varón tratarán de que el proceso subjetivante sea acorde a la masculinidad: se ocuparán de transmitir el valor de la fuerza, que juegue a la guerra, se vista con ropa y colores masculinos, etc. Se trata de hacer coincidir el sexo biológico con la orientación sexual. Si nació mujer, tratarán de que sea femenina, tenga sensibilidad más que fuerza, juegue con muñecas para su destino de madre, se preocupe por su arreglo y sus vestidos. En gran parte lo logran; cuando no, sufrirán como culpables de un fracaso. Cuando crezcan un poco, harán que si es varón juegue con varones y si es mujer lo haga con mujeres. Un prejuicio cultural engañoso les advierte que si un varón es criado por mujeres será homosexual, o, al revés, si una mujer es criada por varones, será masculina.

Creo que, siendo niños, todos hemos vivido los cuerpos de nuestra madre y nuestro padre con un goce erótico. Disfrutamos de estrechar sus cuerpos, sobre el cual se oponían ciertos límites. Las primeras experiencias de seducción son del padre y la madre, y hacia ambos en proporciones diferentes. Esto es clave para los procesos de subjetivación de la sexualidad y

la identificación. Las seducciones que posteriormente logremos, o las que recibamos, serán marcadas por el nivel de intensidad de estas primeras conquistas. De allí en más, las experiencias de seducción recibidas serán determinantes de la orientación y el posicionamiento sexual. Pasada la pubertad, esta parte del goce sexual encuentra obstáculos y prohibiciones que colaboran para transformar ese goce sexual en ternura y afecto, lo que Freud enseñó como sublimación. **Pero en la vida adulta no desaparece eso que hemos vivido tempranamente: el amor de un varón por un amigo o de una mujer por una amiga, también depende, de un modo un tanto aleatorio, del éxito de la sublimación y de las primeras identificaciones.**

Freud estableció la existencia de un estadio en los primeros años de vida y hasta cerca de la pubertad, que denominó “estadio perverso polimorfo”. Aquí Freud utilizó el término perverso para señalar la desviación de la norma, idea dominante en su época. Pero se trata de que el deseo sexual no tenga en sus comienzos un objeto particular, varón o mujer. Es decir, en los primeros años la posición sexual es transexual, el juego erótico y el placer se buscan en el cuerpo de otro u otra, hoy diríamos no binario, dominado por el goce y su satisfacción. Los encuentros con los otros que llaman al deseo no constituyen identidad. La adolescencia exige (socialmente, familiar, culturalmente) definir la

heterosexualidad, pero lo perverso polimorfo persiste alojado en el deseo no permitido. La sexualidad humana es desde siempre polimorfa. El deseo sexual busca su satisfacción, los mandatos morales tratan de dominarlo pero el goce humano y la satisfacción requieren siempre su repetición. **A todas las sociedades les ha tocado mantener la hegemonía de la heterosexualidad con represión social, censura moral y control de su expresión en la producción cultural. Sabemos cómo todas las culturas han tenido, y tienen, políticas de control de dos pasiones humanas: el sexo y la agresividad.**

La posición sexual tiene distintos pasos: las identificaciones imaginarias, ligadas al narcisismo, y que juegan un papel central en las fantasías eróticas sobre el sexo; las identificaciones simbólicas, aquello con lo cual nos han nombrado (varón, mujer, homosexual) han modelado nuestra conducta y hemos de algún modo aceptado, ser varón y masculino, ser mujer y femenina; la orientación sexual, los objetos del deseo; la sexuación, en términos de Lacan, en el encuentro con la diferencia sexual, en las que se incluyen lo que erróneamente llamamos “nuevas” sexualidades y género percibido.

Si aceptamos que la sexualidad es polimorfa, resulta necesario reconocer a estas llamadas nuevas sexualidades, que han impactado en la sociedad y los Estados, como parte común de la sexualidad humana. Y en ese

sentido su visibilidad y presencia en la vida social es parte de la democracia y los derechos de la igualdad. **La nueva teoría Queer da cuenta de estas diversidades con nombres que de algún modo forman parte del polimorfismo del deseo sexual, por eso no son nuevas sexualidades (lesbianas, gays, transexuales, bisexuales, asexuales), sino posiciones sobre la práctica del sexo y no precisamente identidades.** Creo que reconocer la percepción singular de género no constituye una identidad diferente sino una aceptación de este polimorfismo del deseo y sus objetos. Foucault señalaba en sus últimos escritos que “lo transexual está ligado en la relación deseo-fetichismo a un sexo no determinado que promete los limbos felices de una no identidad”. Queer –no tiene una traducción al castellano, en inglés designa a lo raro, lo desviado, opuesto a lo normal– alude a que si la norma es lo heterosexual, queer designa a quienes han escapado de la imposición de una norma que no respeta la diversidad. Hay que dejar de lado la asociación del deseo sexual con la identidad para poder escuchar y atender al deseo sexual en su potencia polimorfa.

Para los psicoanalistas, este es el modo de escuchar el deseo sin la censura y la represión, caso por caso, en la singularidad de cada sujeto. Si descartamos la norma heterosexual entenderemos que no existe una subjetividad ni una sexualidad “normal”. Hay posicionamientos

sexuales diferentes, prácticas sexuales diversas, como hay épocas, sociedades y culturas igual de diversas. La norma no proviene nunca del deseo ni está presente en la pulsión sexual. **La norma heterosexual es impuesta desde la infancia en la ilusión de atar el deseo a una identidad.** De esta ilusión, reforzada y continuada en la escuela, en la moral religiosa, en la sociedad, deviene la acusación de “desviado”, “amoral”, etc., condenando a muchos y muchas al ocultamiento, al disimulo, al secreto, la inautenticidad. De allí proviene la idea de la liberación de estas posiciones sexuales, liberación de la represión propia, la censura de los otros y otras y la discriminación de la sociedad. **La norma niega la potencialidad y plenitud del goce sexual, la teoría queer se propone un cuerpo erógeno total, el goce del cuerpo entero y el erotismo de la palabra. Vale recordar lo dicho por Guattari “lo único real es el deseo y la sociedad, no hay nada más”.**

La propuesta transexual consiste en que cada cual alcanzará la felicidad según su gusto sexual. El límite es que el gusto es una orientación lábil, no alcanza para conformar una identidad. En *El Antiedipo. Capitalismo y Esquizofrenia*, Deleuze y Guattari señalan: “por todas partes una transexualidad microscópica que hace que la mujer contenga tantos hombres como el hombre mujeres, capaces de entrar unos en otros, unos con otros, en relación de producción de deseo que trastocan el orden

estadístico de los sexos”. La teoría queer es anti-social en el sentido de no aceptar ninguna norma sobre el sexo, y es anti-relación ya que prima la motivación, el impulso del deseo, que no es construir un vínculo sino dar lugar al goce con otro cuerpo. No busca estrictamente construir intimidad, romance o relación, sino un egoísmo del sexo y la satisfacción.

Una mujer masculina y un hombre femenino, ambos pueden cambiar los genitales de su cuerpo con cirugía, o alterarlo con hormonas, pero no se logra abolir totalmente la genitalidad. La mujer masculina tendrá deseo por otra mujer, es homosexual, y el hombre afeminado tendrá deseo por otro hombre, o sea homosexual. Un ejemplo de esto lo muestra el sexo entre tres: dos mujeres y un hombre o dos hombres y una mujer. Este deseo, en su ambivalencia, da muestra de que lo que importa es el goce sexual más allá del objeto, cuerpo hetero u homosexual. **Se trata de liberar el deseo y el goce de toda norma y de toda dependencia o mandato social. No se trata de un sexo nuevo sino de una nueva y libre articulación. Seguramente en muchas de estas prácticas sexuales se trata del anhelo de liberar el deseo de toda norma o condicionamiento: del cuerpo biológico, de la imposición de la identidad binaria, de la represión social y la discriminación.** Un aspecto más de esta ambivalencia es el debate sobre el amor en los colectivos

trans: para algunos el amor es heterosexual y mandato patriarcal, y por eso lo niegan; otros no renuncian al deseo de contar con el amor en pareja, del compañero o compañera homosexual, acceder al matrimonio igualitario, o al anhelo de tener hijos. En la conocida posición sobre el erotismo de Bataille, se trata de quedarse en el solo erotismo del cuerpo, renunciando al erotismo del corazón; de allí el rechazo al amor romántico, o de unir, como está unido en el deseo, el erotismo de la carne y el amor erótico del corazón. Llegado a este punto cabe preguntarnos por qué razones se lograron hacer visibles en la cultura y reconocidas en la vida social estas “nuevas sexualidades”, sabiendo que desde siempre el polimorfismo y la diversidad sexual han caracterizado las prácticas del sexo. ¿Cuáles han sido los cambios centrales del contexto social y cultural en que surgieron a la luz pública y fueron logrando su reconocimiento? Sin duda la organización y potencia del movimiento feminista fue y está siendo decisiva, a pesar de la vigencia del patriarcado en la organización del Estado y la sociedad. Señalaré dos hechos centrales: uno, es un nuevo ciclo social que está cambiando las viejas luchas por la igualdad, tanto en lo central del conflicto de la desigualdad como en las luchas por su reivindicación. Otro, es el cambio al que asistimos en la construcción de las identidades. Con el surgimiento del capitalismo en su etapa industrial, especialmente en el Siglo XIX, la naciente

fábrica produjo una división clara entre quienes se emplearon como mano de obra, constituyendo “el asalariado”, y los dueños de las fábricas y los medios de producción: los patronos. Estas dos nuevas clases sociales dejaron afuera de la integración social a muchedumbres de personas que no pudieron adecuarse a los requisitos de la nueva producción: campesinos pobres, artesanos, vagabundos, discapacitados físicos y mentales, analfabetos, locos y demás desamparados sociales. Este sector de población no integrada a la sociedad de clases, tomó el nombre oficial de “clases peligrosas” para designarlos, ocultando su desamparo en la vida social. Victor Hugo los inmortalizó en su texto *Los Miserables*.

En la primera mitad de ese siglo surgió lo que llamamos la política social. Los Estados debían encargarse de la sobrevivencia de una franja amplia de su población. Se creó así el asistente social, el manicomio, nuevas cárceles, los hogares para madres solteras, los parvularios, y otras instituciones para alojar y controlar a los incapaces de integrarse a la sociedad. Las luchas por la igualdad eran fundamentalmente por el ingreso económico y los derechos del asalariado. Ya en el Siglo XX, especialmente a partir del año 1917, el surgimiento del comunismo en Rusia produce que la sociedad, la política, el mundo de vida se divide entre comunismo o capitalismo: toma fuerza el conflicto de la igualdad entre obreros y agricultores de un lado, y capitalistas y

dueños de los medios de producción del otro. Los sindicatos obreros y las Asociaciones patronales empresarias de algún modo se hacen cargo de la desigualdad. El conflicto y la lucha por la igualdad atraviesa todo el Siglo XX. Junto con las políticas de protección social surge la represión sobre los reclamos de mayor igualdad social, y junto a la violencia sobre los pobres y excluidos, se persigue y penaliza en todo Occidente a los homosexuales. Avanzada la segunda mitad del Siglo XX, el capitalismo industrial gira hacia un nuevo modelo de acumulación: el capital financiero, la soberanía de los mercados (el mundo de las finanzas se convirtió en el principal mercado), genera un nuevo tipo de trabajador ya no asalariado, se diluye la influencia de los sindicatos para el conflicto por la igualdad y los partidos clasistas, que llevaban la delantera junto a los sindicatos obreros, van debilitando el respaldo a las políticas de igualdad. La consistencia de la clase obrera se diluye por la pertenencia a actividades y oficios que tienen diferentes niveles de ingreso, y la llamada lucha de clases y los partidos y sindicatos dejan paulatinamente de ser los defensores principales de una política de igualdad.

En esta nueva configuración de la cuestión social se favorece la aparición de nuevas minorías que reclaman reconocimiento e igualdad. Al decir de Manuel Castell, son colectivos inicialmente de resistencia, contra la estigmatización,

la discriminación o la represión, pero paulatinamente se convierten en colectivos de proyecto, esto es, reclaman derechos civiles y ciudadanos, y reconocimiento e igualdad a los Estados y a la sociedad toda, esto es, ser integrados a la sociedad. Excepto el movimiento feminista, que está lejos de ser una minoría, colectivos de pueblos originarios, grupos religiosos diferentes, inmigrantes, discapacitados físicos, pacientes psiquiatrizados (es decir, capturados por el dispositivo de los manicomios), diferentes colectivos de disidencias sexuales, etc., pasan a ser luchadores por su reconocimiento y la igualdad de derechos.

Hace tiempo he remarcado que las luchas por una salud mental comunitaria forman parte justamente del conjunto de luchas por la igualdad y el reconocimiento pleno de los derechos de los pacientes. Las luchas por la igualdad y el reconocimiento de derechos se hacen socialmente múltiples y polimorfas. Persiste el reclamo por la igualdad económica y la justicia social, seguramente mayoritaria, pero ya no son los únicos protagonistas por el reclamo de igualdad. Seguramente el surgimiento de estas minorías luchando por su reconocimiento, sus derechos a la igualdad, son los protagonistas mayores en la caída del patriarcado como organizador de la sociedad y los Estados.

Estamos asistiendo a un tiempo de las diferencias, los diferentes, excluidos y discriminados, son

protagonistas de un cambio social que amplía el respeto democrático a la diferencia, los derechos de la igualdad y la protección de los Estados. La mayoría de los Estados están respondiendo a esta lucha, reconociendo su presencia, protegiendo sus derechos, condenando la discriminación, anulando leyes represivas y estigmatizantes, y generando nueva legislación para otorgar derechos y protección. Estas minorías no responden a diferencias de clase, son personas de diferente situación económica, origen racial, pertenencia partidaria, pertenencia a culturas propias. **Se rigen por una política del rasgo común, en la desigualdad, reclaman la singularidad del deseo (Espinoza las incluiría en lo que llamó “cupiditas”, la potencia del deseo para la vida), y forman colectivos activos para lograr la potencia de sus reclamos: el reconocimiento de sus derechos humanos.** Creo que se trata del avance de una nueva estructura social, la vivencia de la desigualdad es vivida de forma individual, sentida y sufrida en su persona, y necesitan agruparse en colectivos numerosos para lograr sus objetivos ante el Estado y la sociedad. ¿Se está acabando la sociedad de clases? Pregunta pertinente frente a una nueva configuración de la vida social. No creo que las clases desaparezcan, el capitalismo financiero y la digitalización de la vida y el trabajo de muchos han atenuado o abolido la conciencia de integrar una clase social postergada,

pero no se ha resuelto el conflicto de la igualdad, estas nuevas disidencias y minorías sociales creo están engrosando las antiguas luchas por la igualdad, la dignidad personal y la vida democrática. La igualdad ha sido puesta como condición esencial de la integración social.

Lo segundo que quiero señalar es que en este contexto, asistimos en los últimos años a una crisis profunda de las identidades. Para la sociedad moderna la identidad surgía de la historia social de la persona: la filiación marcada por sus apellidos, de qué familia provenía; el oficio, que lugar ocupaba en la economía social; en qué territorio, lengua y cultura había nacido y desarrollaba su vida. Estos datos son los que registraban en su documento de identidad, otorgado por el Estado. Cada persona (todos nosotros) contiene una memoria de sí mismo y articula estos datos de su vida en su proceso singular de individuación. Esto es: su historia. Los rasgos particulares de su experiencia de vida, los goces y los dolores, la alegría y el sufrimiento, lo singularizan y definen también sus deseos y posicionamiento sexual. Todos contamos con una conciencia de sí mismo a partir de lo vivido y la continuidad de las experiencias significativas que hemos atravesado. Por lo habitual, las personas sabemos que hoy somos los mismos que ayer, y esperamos reconocernos mañana siendo los mismos que hoy. La identidad personal no es un sistema rígido y continuo. Contamos con una identidad en la cual se

articulan momentos de la vivencia, épocas, experiencias, territorios de vida, memoria de vínculos significativos. **El Yo no es un bloque sólido, contiene fragmentos del nosotros, es decir de experiencias de alteridad, determinantes de la cultura, elecciones de preferencias. La percepción de género altera pero no anula esa identidad construida, agrega un elemento nuevo y significativo a su identidad: la posición adoptada frente a la sexualidad.** Como otros rasgos de identidad, condicionan conductas prácticas, en este caso con dominio de las conductas afines al género percibido. La persona que ha adoptado esta posición de género cambia su expresión y conducta social respecto a la sexualidad, pero no abandona la memoria de ser el mismo de ayer. Experimenta un giro importante de su historia de vida, pero no anula, y en general tampoco niega, el continuo de su existencia.

En la vida moderna contábamos con que nuestros semejantes de trato y sociedad se comportaban defendiendo su libertad de pensar y ser, a la vez que reconocían en nosotros los mismos derechos (Locke). A la vez que confiábamos en el entendimiento y el apego a la verdad del sujeto racional (Kant) con sus tres facultades: pensar, sentir y juzgar. Libertad y racionalidad, entendimiento y sensibilidad, respeto a la verdad, han sido los principios de la integración social en las sociedades modernas. El neoliberalismo triunfante produce

un nuevo sujeto, emprendedor, que, bajo la ilusión de autonomía se siente dueño absoluto y constructor de su vida y su destino. Ni el sujeto liberal y democrático de la modernidad (Locke), ni el sujeto racional de Kant, tienen ya lugar en estas nuevas sociedades. **Si la experiencia de la especie humana está basada en la aceptación de las diferencias individuales, esta diversidad está creciendo, y obliga a crecer el reconocimiento de los derechos humanos en condiciones universales y de igualdad.**

Ya antes del surgimiento y la visibilidad social de las diferencias sexuales, la extensión y dominancia del llamado “neoliberalismo” (que no es el liberalismo de Locke), fue construyendo un individualismo que se extendió desde la población más rica hacia los sectores de clase media y baja. Este sujeto potenció la ambición (pasión propia y dominante del capitalismo), defiende el mérito personal, destruye la solidaridad, todo con la ilusión de crearse un destino personal independiente de la sociedad en que vive. El narcisismo, que por su extensión a grandes sectores de la sociedad, podemos llamar “narcisismo social”, no solo impide la solidaridad sino que a la vez desafía el poder del Estado y de la sociedad como reguladores de la vida de sus ciudadanos. Este individualismo creó condiciones para el surgimiento de identidades nuevas. Numerosos grupos definen así su identidad no por el nombre o la filiación, sino por su

integración a grupos con rasgos singulares: adhesión a cierta música, apego a un estilo marginal de vida, integración a un deporte, territorio o país de origen en los millones de inmigrantes etc. Muchas de estas identidades son pasajeras como modas, otras, los inmigrantes, deben reconstruir su identidad bajo una nueva cultura, una lengua, una sociedad que le es extraña.

No forman parte de estas nuevas identidades quienes han decidido liberarse de una identidad sexual que han sentido les fue impuesta, que ha unido su identidad biológica a su subjetividad. La aceptación del género percibido, y hacerlo socialmente visible, consiste en el sinceramiento y la reivindicación del reconocimiento de derechos a la igualdad, no reniegan de la conciencia de sí mismo ni de su historia de vida, la ruptura con los rasgos de una identidad impuesta es vivida como gesto de libertad y autenticidad, condición para integrarse a la sociedad en que viven. Como sabemos, la dominancia del deseo es la fuerza de la liberación. La igualdad de derechos debe reconocer y aceptar lo real de las diferencias. Una vez más, como señaló Guattari: “lo único real son el deseo y la sociedad”.

Un nuevo sujeto está surgiendo y sumándose a la teoría queer: un número creciente de personas, mujeres, varones, transexuales, que se definen por no tener deseo sexual. Ya forman grupos en las redes sociales. No reflejan carencia de afecto y sensibilidad, más bien

señalan no tener ninguna esperanza de tener un placer con otro cuerpo. De algún modo se ligan con quienes viven en soledad. Hace dos años una encuesta hecha en Japón revelaba que un 43 % de su población de entre los 20 y 45 años no habían tenido nunca una experiencia de sexo con otro. En el año 2020 Japón creó el Ministerio de la Soledad: 40 % de la población urbana, hombres, mujeres, trans, etc., viven en hogares unipersonales; es decir, viven solos.

Seguramente serán motivo de nuevas investigaciones. Hasta aquí creíamos que el hombre era esencialmente un ser gregario, aun cuando había algunos ermitaños cuyo goce era la soledad.

Emiliano Galende
Septiembre 2022